

« A quien sumiso veneró mi padre)
 « No deponer la cota que hoy revisto
 « Hasta vengar á aqueste y á mi madre.
 « Y eterno mi dolor, oh caro hermano ,
 « Será , si no consigo
 « Separarte del hijo de Troyano ,
 « En quien debes mirar un enemigo. »
 Esto escuchando alegre Bradamante,
 Alza los ojos , y con voz sumisa
 Exhorta al caro amante
 A seguir los consejos de Marfisa,
 Y á partir sin demora
 Al campo franco , cuyo rey no ignora
 Cuan ilustre del padre fué la fama ,
 Y al hijo invicto paladin proclama.
 Con dulce gesto y tono comedido
 Respóndele Roger que , con efecto ,
 A haber cosas que hoy sabe ántes sabido ,
 Ha tiempo ejecutara su proyecto.
 Mas la espada que ciñe
 Habiendo de Agramante recibido ,
 Traidor y fementido
 Será si en sangre de su rey la tiñe.
 Y, cual á la de Amon ya lo ofreciera ,
 A Marfisa promete en este instante
 Los lazos que le ligan á Agramante
 Romper por siempre en la ocasion primera.
 Si así no lo hizo ya , no á culpa suya
 Esta demora es justo se atribuya ,
 Pues público es cuan terca y sanguinaria
 Fué su lid con el héroe de Tartaria.
 Marfisa , que á su lecho cada dia
 A consolarlo en su dolor venia ,
 La verdad conociendo de este asunto ,
 A Bradamante entera ,
 Y de acuerdo las dos , á su bandera
 Quieren que á unirse el héroe yendo al punto ,
 Aceche en el alarbe campamento

La prima ocasion de rompimiento.
 « Parte , Roger, y cesen tus afanes , »
 Dice Marfisa á la de Amon ; « que en breve
 « Del medio me valdré que á Roger debe
 « Separar de los jefes musulmanes. »
 Diciendo así , sus planes
 Del noble corazon en lo hondo guarda
 De las dos bellas virgenes no tarda
 En despedirse el paladin , dispuesto
 A tornar á su campo. Oyendo en esto
 Entre femineo llanto alzarse un grito,
 Su partida suspende. Mas el resto
 De esta aventura hasta otro canto omito.

CANTO XXXVII.

Refiere Ulania los furiosos excesos de Marganor. — Queda este preso por Roger y los dos guerreros, y abolida la antigua usanza seguida en aquel castillo, á cuyo dueño precipita Ulania desde lo alto de una torre. — Vase Roger á las tiendas de los infieles, interin llegan al campo de los cristianos Bradamante y Marfisa.

De éxito siempre han visto coronado
 Las hembras de valor su noble anhelo,
 Por obtener alguna de las prendas
 Que á la industria tan solo otorga el cielo.
 Del mismo modo , á haberse dedicado
 A las artes sublimes, estupendas,
 Que la mortal virtud immortalizan,
 A haber podido de alcanzada gloria
 Rodear por sí mismas su memoria,
 Sin mendigar de viles escritores
 La pluma que , envidiosa , el mal abulta,
 Y cuanto bien puede decir oculta,
 De algunas hembras fuera
 Tal la celebridad , que acaso , acaso ,
 La del hombre mas grande oscureciera.

Mas de un antiguo escritor hay que , al paso
Que vicios de hombres en loar se esmera,
Mujeriles flaquezas vitupera,
Temiendo que, si intacta resplandece
De estas la gloria, empañe la de aquellos,
Cual la niebla del sol los rayos bellos.

Mal grado , empero , la intencion dañada
Que del femineo sexo el lustre mengua,
Pluma no habrá ni lengua
Que reduzca su mérito á la nada ,
Bien que la gloria suya
Torpe y notoriamente disminuya.

Dignas de elogio por su esfuerzo raro
No fueron solo Aspálice, Forniria,
Ni la que á Héctor ó á Turno diera amparo,
Ni la que al frente de la gente Tiria,
Vino á echar los cimientos de Cartago,
Ni Zenobia, ni aquella que en Asiria
Hizo, en India y en Persia tal estrago,
Ni algunas otras mas. Castas y fieles
Mujeres, cual en Grecia y cual en Roma,
Hubo del mundo en todos los confines,
Desde aquel donde asoma
El sol hasta los béticos jardines.

Si de sus nombres, dignos
Todos del mismo incienso é igual aroma,
Uno entre mil apenas se conserva,
Cúlpele solo la intencion proterva
De escritores ingratos y malignos.

Mas no este ejemplo, oh damas que por gusto
Practicais la virtud, os desanime;
No temais, no, que un escritor injusto
Ose empañar vuestra virtud sublime;
Que, cual el bien, el mal no siempre dura,
Y de la antigua nuestra edad distinta,
Ocupa en vuestro elogio pluma y tinta.

El Pontano, Marulo y dos Estrozis
Vuestras altas virtudes han cantado.

Lo mismo han hecho un Bembo y un Capelo,
Y aquel otro educado
En una corte, de que fué modelo.
Lo mismo hizo Aleman; lo mismo hicieron
Otros dos, que del genio de la guerra,
Al par que de las Musas, predilectos,
Deben el ser al dueño de la tierra
Que el Mincio corta, y que tal vez inunda
Con su corriente rápida y profunda.

Del uno de estos, á quien propio instinto
A cantar vuestros méritos impele,
Y hacer que hasta el Parnaso y hasta el Cinto
Radiante siempre vuestro nombre vuela,
Será tan grande el júbilo, notando
La amistad y la fe que, despreciando
Riesgos y daños, Isabel le muestra,
Que, con pluma fogosa é infatigable
Cantando sin cesar la gloria vuestra,
Es raro que de sí se ocupe ó hable.

Si alguno agravio os hace,
En el mundo no se halla
Quien, ya sobre el papel, ya en la batalla,
Con mas ardor vuestra defensa abrace.
La fama, en fin, sus timbres preconiza,
Y los vuestros su pluma inmortaliza.
Tan to mérito y tanto
Digno hace á este mortal, sin duda alguna,
Del amor que Isabel le manifiesta
En la adversa y la próspera fortuna.
Digna dél Isabel, cual él lo es de esta,
En bendecir el cielo se complace
Este tan bien proporcionado enlace.

En medio de armas, fuego y sangre y ruina,
A la márgen del Oglio
Con su pluma obtendrá nuevos trofeos,
Que en vano envidiará nacion vecina,
Y, su ejemplo siguiendo, un Bentivoglio,
Y Renato, Trivulcio y un Guideto,

Y Molza, á Apolo y á vosotras caro,
Harán, en versos dignos de su objeto,
Por siempre vuestro mérito preclaro.

Hércules, duque de Carnutos, hijo
Del duque á quien mis cánticos dirijo,
De cisne con la voz y con el vuelo
Vuestro renombre elevará hasta el cielo.
Gloria os dará también la ilustre pluma
Del gran marques de Guast, de quien apenas
Mil Romas bastarán, ni mil Aténas,
A cantar el valor, la audacia suma.

A mas de tanto y tanto diferente
Escritor consagrado á vuestro elogio,
¿Mas de una dama no se ve que trueca
La pluma por la rueca,
Y que, yendo á la fuente
De Aganipe á estancar su sed ardiente,
Vuelve tan docta, que, por mas que asombre,
Es fuerza confesar que útil al hombre
Su ingenio es, mas que á la mujer el nuestro?

¿Cómo es posible, empero,
Que yo aquí tantos nombres manifieste?
Un volúmen entero y todo un día
Esta nomenclatura absorberia.
Si alabo á cinco ó seis,
Conmigo las demas os picaréis.
¿Qué hacer? Entre este número infinito,
Callando las demás, solo una cito.
Una, pues, solo eligiré; mas una
Que de modo á cubierto
Esté de odio y de envidia, que á ninguna
Mi preferencia ofenderá, estoy cierto.
Su inimitable estilo de esta dama
No tan solo inmortal hará la fama,
Sino que hará que eternamente viva
Todo aquel de quien ella hable ó escriba.
Pues, cual sus luces bellas
Suele prestar el sol de mejor gana

A su cándida hermana,
Que á Vénus, Maya y las demas estrellas,
Así, mas que á las otras, á la lira
De esta dama facundia Apolo inspira;
Y tal vigor da á su estro,
Que dobla el esplendor del siglo nuestro.
Es su nombre Victoria, y bien conviene
A aquella que do quier que el paso mueva,
Ornada siempre de triunfal guirnalda,
A la victoria lleva
Consigo, ya á su lado, ya á su espalda.
Si, de Mausolo honrando la ceniza,
Hizo Artemisa eterna su memoria,
¿Cuál de esta dama no será la gloria
Que al que bajó á la tumba inmortaliza?
Si la mujer de Bruto, si Arria, Argia,
Evadne y Lodamia
Gloria merecen, por haber querido
Con sus esposos á la tumba fria
Bajar; ¿cuál no merece la que al suyo
Preservó de la muerte y del olvido,
Que guarda al hombre en la mansion profunda
Que siete veces Aqueron circunda?

Y pues del bravo Aquiles envidiara
El héroe Macedonio
La gloria de ocupar la voz preclara
Del divino Meonio;
¿Cuál tu dicha, oh Francisco de Pescara,
Fuera, de aquella que te fué tan cara
Escuchando la voz, que en digno verso
Tu fama esparce en todo el universo?
Decir cuanto sobre esto yo pudiera
Y quisiera decir, fuera muy largo;
Y aun así, sin embargo,
A mi pesar mil cosas omitiera.
Por otra parte, de Marfisa en tanto
Y de Roger la historia suspendiera,
Que prometí seguir en este canto.

Y pues dispuesto á proseguir mi historia,
 Pues que dispuestos á escucharla os hallo,
 Los timbres de Victoria,
 Que tanto en celebrar me holgara, callo.
 Callo, oh damas; que vano es que mi pluma
 En tosco verso alabe
 A la que hacerlos tan sublimes sabe;
 Y diré solo, en suma,
 Que hembras en todo tiempo hubo, y á miles,
 Dignas del nombre y gloria
 Que con maldad notoria
 Les usurparon escritores viles,
 Abuso que existir de hoy mas no puede,
 Pues de inmortalizaros
 La facultad el cielo ya os concede.

A haber sido así siempre, mil preclaros
 Hechos de Bradamante y de Marfisa,
 Que no conozco, celebrar pudiera;
 Mientras que de los mas esclarecidos
 Nueve entre diez me son desconocidos.

Los que conozco, empero,
 Gustoso, oh damás, descubriros quiero,
 Ya porque así lo exige el deber mio,
 Ya porque en ello seros grato ansio.

Despues de terminada su pendencia,
 Roger la espada del cipres arranca,
 Requiere de las virgenes licencia,
 Y á partir se dispone, cuando un grito
 Escuchando del bosque en lo mas denso,
 Atónito y suspenso
 Queda, y con las dos damas presuroso
 Corre adonde oye el eco lastimoso.

Avanzando veloces,
 Distintas mas y mas oyen las voces;
 Salen del bosque, y en un valle se entran,
 Do tres damas encuentran,
 A las cuales ignoro qué enemigo
 Cortó la vestimenta hasta el ombligo.



Roger, Marfisa y las tres Damas. (T. II, p. 284.)

BIBLIOTECA DE ESTUDIOS
 UNIVERSITARIA
 ALFONSO XIII

Cual en su carro , con afan prolijo
Y adrede fabricado,
De Vulcano aquel hijo,
En el polvo sin madre procreado
Y por Pálas á Aglaura encomendado,
Sus pies disformes á ocultar atento,
Marchaba siempre inmóbil en su asiento;
Así, sentadas, estas tres doncellas
Trataban de ocultar sus formas bellas.

Espectáculo al ver tan deshonesto,
De una y otra guerrera
La faz se tiñe del color que en Pesto
Toma la rosa al sol de primavera.
En las tres damas Bradamante presto
A Ulania, mensajera
De la ínsula Perdida, ha conocido,
Y á las dos que á su lado
En el castillo de Tristan ya vido.

A Ulania, pues, que antaño á la cabeza
De un escuadron marchaba, se dirige
La de Amon, por saber quien el malvado
Es que descubre así tanta belleza,
Que púdica tapó naturaleza.

Ulania, que en su voz y en sus insignias
Reconoce tambien á Bradamante
Por la dama bizarra

Que á los tres reyes derribó, le narra
Cual existe en un fuerte, no distante
De allí, gente proterva y despiadada,
De quien injuria y daño han recibido
Despues de ver cortado su vestido.

« Qué ha sido del broquel, cual fué la suerte
« De mis tres compañeros
« Ignoro, » dice; « acaso prisioneros
« Yacen, ó muerte han recibido acaso.
« A pié, mal grado mio,
« Hácia Paris voy dirigiendo el paso,
« En la esperanza de que justo Carlos,

« Los ultrajes oyendo que he sufrido,
« Se decida por último á vengarlos. »

Roger y las guerreras, que no ménos
Tienen piadosa el alma que esforzada,
Sus semblantes serenos
Fruñen bien pronto en expresion airada,
Y á todo otro proyecto
Anteponiendo esta arriesgada empresa,
Ansiosas, por el rumbo mas directo
Se proponen partir á toda priesa.

Su túnica quitándose, con ella
Encubre cada cual á una doncella,
Y, el ejemplo siguiendo
De la de Montalban, que no tolera
Que Ulania vuelva á pié, sobre la grupa
De su corcel montar la otra guerrera
Hace á otra dama; y dellas la tercera
Del corcel de Roger el anca ocupa.

Mostrando su camino la irlandesa
A Bradamante va; y esta de dalle
Seguridades y ánimo no cesa.
Dejando en esto el valle,
Ora á mano siniestra, ora á derecha,
Por senda larga, incómoda y estrecha
De un monte casi hasta la cima vienen.
Álzase en él un pueblecillo, en donde,
Viendo que el sol dentro del mar se esconde
Por descansar un rato se detienen.

Cómodo alojamiento y buena cena,
Cual dar sitio tan rústico podía,
Hallan allí; no, empero, sin que asombre
A cada cual que, llena
De mujeres, ya jóvenes, ya ancianas,
Aquella estancia no contenga un hombre.

No fué mas de Jason y sus secuaces
La maravilla cuando,
A Lémnos aportando,
De mujeres audaces

Muertos vieron á manos
Sus hijos, sus hermanos,
Sus esposos y padres; de tal modo,
Que en su recinto todo
Dos hombres no encontraron: no mas viva
Fué su curiosidad, que la que causa
A Roger y á su noble comitiva
Espectáculo tal. Las dos guerreras
A Ulania y á sus tristes compañeras
Proporcionan vestidos,
Largos al ménos, ya que no pulidos.
Mientras á Roger, que indagar quiere donde
Estan los hombres, que no ve, escondidos,
Una mujer de aquellas le responde:

« Causa es para nosotras de tristeza
« Lo que excita, oh señor, vuestra extrañeza.
« Del mundo desterradas,
« De esposos, padres é hijos separadas,
« En el llanto vivimos y en la pena.
« Un tirano feroz así lo ordena.
« De su tierra fatal, donde nacimos,
« A dos leguas de aquí, por su coraje
« Lanzadas á este rústico paraje,
« Despues de mil y mil ultrajes, fuimos.
« Si, por ver á su madre ó á su esposa,
« Venir un hombre hasta estos sitios osa,
« La muerte, ó pena acaso mas acerba,
« Al mutuo afecto el bárbaro reserva.
« De nuestro sexo pues, cual os lo digo,
« Es este hombre feroz tan enemigo,
« Que, por temor de verse inficionado,
« No solo de su lado nos aleja,
« Sino que aquí venir á nadie deja.
« Los árboles dos veces han mudado,
« Desde que aquí vivimos, su guedeja,
« Sin que aliviar nuestra infelice suerte
« Haya intentado nadie hasta este día;
« Pues mas terror inspiran que la muerte

« De ese nuestro opresor la saña impía,
 « La insólita estatura,
 « Y el brazo, mas que el de cien hombres, fuerte.
 « Si el honor os es caro, si os importa
 « De esas damas seguir en compañía,
 « Tomad, que la prudencia así lo exhorta,
 « Otro camino. El que seguís os guía
 « Del hombre de quien hablo á la morada,
 « Donde, aun mas que la nuestra todavía,
 « Triste es la suerte á extraños reservada.
 « Mas cruel que Neron, y mas impio
 « Que cuantos cita con horror la fama,
 « Marganor el bellaco, así se llama
 « Aquel que ejerce allí su señorío,
 « Cual el lobo en la sangre del cordero,
 « En sangre humana, y mas en femenina,
 « Se ceba, y extermina
 « O arroja sin piedad con mil ultrajes
 « A toda dama, á quien menguada estrella
 « Hace á estos sitios dirigir la huella. »
 Cual es de este furor, que no se explican,
 La causa las dos damas y el guerrero
 Quieren saber, y á la mujer suplican
 Que este cuento les narre todo entero.
 « Inhumano y feroz, » dice la dama,
 « Fué siempre Marganor. De su alma, empero,
 « Durante mucho tiempo la perfidia
 « Supo disimular. Miétras vivieron
 « Sus hijos, que, contrarios
 « Enteramente de él, hospitalarios,
 « Dulces y afables fueron,
 « En aquesta morada florecieron
 « La generosidad, la cortesía,
 « Que, bien que avaro, el padre
 « Hacer su voluntad les permitía.
 « Las damas y guerreros que pasaban
 « Por allí, noblemente festejados,
 « De su afabilidad enamorados,

« Gracias siempre al partir les tributaban.
 « Cilandro uno llamado, otro Tanacro,
 « Llenos de ingenio, esfuerzo y bizarría,
 « Con público y solemne simulacro
 « De la caballería
 « Las leyes abrazaron, que fielmente
 « Y con honor siguieran, si sus pechos
 « No viniera á turbar pasión ardiente,
 « Que del recto camino los desvia,
 « Y que de tantos y tan nobles hechos
 « Empaña todo el brillo en solo un día.
 « De la corte de Grecia llega en tanto
 « Allí, con un guerrero, una doncella
 « De afable gesto, cuanto
 « De noble porte y de prestanda bella.
 « Súbitamente enamorado della,
 « Mas que el instante de perder la vida,
 « Teme Cilandro aquel de su partida,
 « Y, la violencia prefiriendo al ruego,
 « Armado sale del castillo, y donde
 « Debe al partir ella pasar se esconde.
 « Su ánimo audaz y su amoroso fuego
 « Vencen á la razón en la balanza;
 « Y viendo cerca al caballero griego,
 « A acometerlo rápido se avanza,
 « Creyendo al primer golpe de su lanza
 « En tierra derribarlo, y dueño luego
 « Hacerse de la dama; mas el arte
 « Conoce el griego de la guerra, y presto,
 « Cual si de vidrio fuera, con funesto
 « Golpe la cota y el broquel le parte.
 « Llega la nueva á Marganor, que al punto,
 « Llena el alma de pena,
 « Lo coloca en un féretro, y difunto
 « Viéndolo en fin, de sus abuelos junto
 « A los sepulcros enterrarlo ordena.
 « Este triste suceso
 « A Tanacro afligió; mas, cual su hermano

« Generoso, no quiso que por eso
 « Nadie hospedaje le pidiera en vano.
 « De luenga tierra, ha poco, un caballero
 « Vino allí con su esposa,
 « Bella, amable y graciosa,
 « Cuanto él noble y audaz. El orbe entero
 « No encierra paladin que le aventaje
 « En valor y limpieza de linaje.
 « Olindo llámase él de Longavila;
 « El nombre de la dama era Drusila.
 « Tanacro en fuego no menor por esta
 « Arde que aquel que, ha poco, del hermano
 « Puso el hierro en la mano
 « Con ansia tan injusta y tan funesta.
 « Como Cilandro, ciego,
 « De la hospitalidad la ley sagrada
 « Olvida; y temeroso que, del griego
 « El ejemplo siguiendo, con su espada
 « Este plan criminal Olindo frustré,
 « Por evitarlo un nuevo medio inventa.
 « Víctima así de su pasión violenta,
 « Empaña en un instante todo el lustre
 « De la antigua virtud, que hasta este día
 « Del padre, siempre vil, le distinguía.
 « En la nocturna oscuridad envuelto,
 « Y seguido de veinte hombres armados,
 « A quienes, lejos del castillo, deja
 « En oscuras cavernas emboscados,
 « Embiste á Olindo, él cual, por todos lados
 « Haciendo resistencia vigorosa,
 « Acaba por perder vida y esposa.
 « Muerto Olindo, cautiva
 « Quedó la bella dama, y de tal suerte
 « Acongojada de mirarse viva,
 « Que pide por piedad le den la muerte.
 « Viendo vana su súplica, de lo alto
 « De un peñasco se arroja á un precipicio.
 « Muerte en él no encontró; mas tal el salto

« Fué, que en el suelo, rota la cabeza,
 « Exánime quedó. Sobre unas andas
 « Colócala Tanacro con presteza,
 « Manda á buscar un médico, y en tanto
 « Que este le da remedios, él empieza
 « A pensar en su boda; pues de esposa
 « El nombre quiere dar, no el de manceba,
 « A dama tan honesta y tan hermosa.
 « De modo en su alma su pasión se ceba,
 « Que no piensa, no ve, no oye otra cosa.
 « A Drusila ha ofendido, lo confiesa,
 « Y de buscar no cesa
 « Como su culpa reparar; mas vana
 « Es su ilusión: cuanto mas vivo siente
 « Ardor por ella, cuanto mas se afana
 « Por inspirarle amor, tanto mas fuerte
 « Es de aquella el desden, tanto mas firme
 « Es su resolución de darle muerte.
 « A punto, empero, este odio no la ciega
 « Que no le deje ver cuanto propicio
 « Por cumplir la esperanza á que se entrega
 « Debe serle el engaño, el artificio;
 « Y cuanto es oportuno que, el proyecto
 « De matarle ocultando, manifieste
 « Que, desterrando todo antiguo afecto,
 « Su alma hoy tan solo se complace en este.
 « Calma finge su rostro; mas venganza
 « Grita allá dentro su furor inmenso.
 « Mil planes revolviendo, acoge el uno,
 « Otro desecha, aquel deja suspenso;
 « El medio, en fin, mas breve y oportuno
 « De conseguir su objeto es darse muerte;
 « Mas piensa que esta le será mas grata,
 « Si á su enemigo al recibirla mata.
 « En vez, pues, de hacer ver su repugnancia
 « Por este enlace, diestra
 « Finge alegrarse dél. Con elegancia
 « Vestida y con primor, á Olindo muestra